

Hombres, ideas y libros

Crítica de libros chilenos

TIEMPOS como los actuales, que más que de transición pueden ser calificados de desorientación espiritual y de subversión de los valores tradicionales, son los propicios para el desarrollo de la literatura arbitrista. Los hombres que creen encontrarse en posesión de la verdad; los idealistas ingenuos en cuyas almas no pesa la realidad social; los doctrinarios acérrimos de un credo que no tiene, a veces, asidero: tales son los escritores que se muestran en períodos históricos como el que vive Chile. Es cierto que sus trabajos poseen, por lo general, la actualidad efímera del momento que pasa. Junto con las inquietudes de éste, junto con sus afanes, entusiasmos, peligros y ansiedades se desvanecen sus paradojas, sus proyectos y sus arbitrios.

Pero en Chile, por una fortuna excepcional, los dos años de revolución no nos han traído todavía tal ralea de literatura. Es de esperar que no nos la traerán más adelante, tampoco. Hay, sin embargo, un libro que cabe dentro del rubro general de literatura arbitrista. Me refiero a «Chile y los chilenos», voluminoso estudio social que se debe a la pluma de don Alberto Cabero, abogado y miembro del parlamento actual. Pero este libro es arbitrista sólo por el momento de su publicación, coincidente con agitaciones y cambios políticos que han servido para sembrar inquietudes ya dominadas. No por el tono de sus palabras, no por las condiciones interiores que lo distinguen.

«Chile y los chilenos» es precisamente una monografía de

nuestro país y de su raza y de los principales acontecimientos que han sufrido uno y otra durante los últimos trescientos años. En efecto, este estudio comprende todos los aspectos que el escritor inteligente puede distinguir en la corteza y en el fondo de la vida chilena, tanto en el momento actual como en la evolución del país en los ciento dieciséis años de vida independiente, sin menospreciar por cierto las condiciones étnicas y sociales de la población que los españoles encontraron en esta tierra al emprender su conquista y colonización. El autor demuestra haberse documentado muy completamente para escribir su obra. No le son desconocidos los libros históricos y por medio de la luz que ellos arrojan sobre la vida del pasado, ha llegado a sorprender la verdadera fisonomía del país en los períodos ya idos de su desarrollo. Su objeto es muy diferente del que anima al historiador común. El señor Cabero no ha pretendido hacer una historia más, sino deducir del esquema de la historia nacional algunas lecciones prácticas y provechosas para los hombres de hoy y de mañana. Para ello, naturalmente, no se ha contentado con los trabajos parciales ya hechos. Dueño de un espíritu de observación preciso y claro, que le permite distinguir en los hechos lo fundamental de lo accesorio, el señor Cabero ha recorrido todo el país, ha frecuentado los más diversos medios sociales, ha conocido la vida nacional en sus más opuestas manifestaciones. El aporte personal de su obra es muy grande. Muchos de los rasgos más felices de su trabajo son observaciones enteramente originales, desprendidas por el señor Cabero de la entraña misma de la vida chilena, que conoce—lo repetimos—como muy pocos de nuestros escritores.

Tiene la obra del señor Cabero otro mérito no despreciable: es una obra de sinceridad, de verdad. No adula al pueblo chileno; no pretende justificar sus defectos. Con serenidad propia de quien conoce el alcance preciso de lo que dice, el autor expone cuáles son las flaquezas de la raza y en la animada descripción que hace de la *fisonomía nacional*, no olvida todo aquello que se opone al progreso, esteriliza los esfuerzos comunes y hace infructuosos, a veces, los esfuerzos de los gobernantes.

tes y los preceptos de la legislación. Desde este punto de vista, este libro modesto que ha aparecido sin réclame alguna y que ha sido buscado con entusiasmo y leído atentamente sólo por un grupo de personas que tienen algún interés por este género de estudios, es infinitamente más valioso para comprender el alma de nuestro pueblo, el sentido de nuestra evolución social y las verdaderas posibilidades nacionales, que la famosa «Raza Chilena», de don Nicolás Palacios, «obra patriótica, no científica», como dice tan acertadamente el señor Cabero.

Un tercer mérito que no se puede silenciar es la imparcialidad del señor Cabero, su tolerancia, su espíritu ecuménico, dueño del más sensato eclecticismo. Yerra el que suponga que el autor, por ser radical, hace en su obra, política susceptible de catalogarse en un partido. Nada más lejos del espíritu del señor Cabero. La intención de su libro está muy por encima de las banderías, de los programas y de las divisiones ideológicas. Mira sólo a los problemas nacionales; observa sin apasionamiento el carácter de la raza y de él deduce las reacciones posibles; analiza los hechos culminantes de la historia y al final, no propone más que esto: «¡Arriba los corazones!». Quiere contagiar a sus lectores la impresión de íntimo optimismo que ha dominado su ánimo al terminar su trabajo; quiere sembrar en todos la semilla de una fe en el porvenir, de una confianza en las fuerzas propias que a veces parecen vacilar en las gentes chilenas.

Pocas obras de tanto mérito como «Chile y los chilenos» se han publicado en los últimos años. Demos a su autor el aplauso que legítimamente merece por la cuantía de su esfuerzo y el valor inapreciable de su lección.

* * *

Hace ya cerca de dos años los ambientes literarios de todos los países de habla española están dominados por una preocupación singular. Consiste ella en averiguar lo que hay de verdadero o de falso en un libro que tienta la explicación de los

fenómenos que actualmente manifiesta el arte. Este libro, titulado «La deshumanización del arte», ha sido escrito por el pensador español José Ortega y Gasset. Su tema podría justificar, sólo en parte, el interés suscitado; pero sólo en parte. Cuando el arte se renueva, o más bien, cuando el arte atraviesa una época de destrucción de los viejos valores para dar salida a los nuevos, (pues el arte siempre se renueva, pero sólo cada cierto tiempo cambia tan radicalmente de frente como hoy lo vemos), cualquiera disquisición sobre el arte tiene interés. Pero en el libro de Ortega y Gasset hay algo más. Hay la ecuación personal, traducida en el deleite de un estilo soberanamente bello y en un movimiento, que podría llamarse centelleante, de las ideas. Un espíritu femenino de singular agudeza me decía que el dominio de Ortega y Gasset sobre el idioma era de amo fuerte y pletórico.

Ahora bien, el libro de Ortega y Gasset ha merecido tal vez más réplicas que aplausos, más rectificaciones que adhesiones. Me refiero principalmente a Chile, donde «La deshumanización del arte» ha tenido un comentarista de fuste. En el número de Diciembre de esta misma revista don Luis David Cruz Ocampo publicó, efectivamente, un extenso artículo titulado «La intelectualización del arte», recogido después en volumen, que está consagrado al análisis de la obra de Ortega y Gasset.

Para el autor de este folleto, lleno de sugerencias que acaso exijan más detenido desarrollo, en el arte actual no se observa precisamente el fenómeno de deshumanización que acusa Ortega y Gasset sino el de intelectualización. El primero significaría que los artistas volvían definitivamente la espalda a lo humano en el arte, actitud que el señor Cruz no ve en los cultores actuales del arte. En cambio, dice, se observa un movimiento de reacción contra ciertas fórmulas, ya envejecidas, del trato de lo humano en el arte. Finalizan las observaciones del señor Cruz con unas cuantas proposiciones que coloca frente a las de Ortega y Gasset.

A mi entender, en esta cuestión, por lo menos en el sesgo que se le ha dado en nuestro país, se han olvidado algunos

factores que no son de despreciar. Veamos, por ejemplo, las artes decorativas, cuyo auge en la apreciación actual de la humanidad revela de por sí un cambio de frente en el concepto del arte, representativo—¿por qué no decirlo?—de un cambio similar en el concepto mismo de la vida. Las artes decorativas actuales revelan plenamente no sólo el asco a cierta manera de tratar lo humano, que dice el señor Cruz, sino también a todo lo humano en el arte, como asegura Ortega y Gasset. Un ejemplo me permitirá explicar mi pensamiento. Hace algunos años el tintero que se nos vendía como *obra de arte*, (a veces firmada por un artista que como limosna para los filisteos había accedido a la confección de algo decorativo, no puro), tenía un valor y un contenido convencionales. El valor convencional estaba representado por la materia de que estaba hecho el objeto: bronce, metal blanco, cristal de roca, ónix, plata, marfil u otro material rico y caro. En contenido convencional era el tema de la decoración y la manera de tratarlo. ¿Quién no ha visto el tintero que muestra a una mujer que medita junto a un pozo? El tintero en este caso era el pozo y la tinta que contenía era el agua en la cual debían reflejarse, a la vez, el cielo azul y el rostro de la mujer meditabunda... Hoy los tinteros no pretenden ser pozos aptos para la meditación en las causas finales, sino por lo común figuras llenas de ironía y de placentera gracia. Un artista decorador de fama universal, Robj, prodiga en sus tinteros el polichinela, el guardián mofletudo, la colombina clorótica y ambigua, los animales dibujados con deliciosa imprecisión, y emplea en sus trabajos materiales que no tienen magnificencia ni riqueza alguna.

Se me dirá que en esto se revela no precisamente el asco a lo humano en el arte, sino sólo el asco a cierta manera de tratar lo humano en el arte. Bien; admitámoslo. Pero en la evolución de las artes hay algo más. La arquitectura empleó durante bastante tiempo figuras humanas, como las cariátides, para soportar pesadas fábricas, altas metopas, frontones profusamente adornados, cornisas y frisos. Inventó luego la columna, para suplantarse a la cariátide o, por lo menos, para alternar con ella en

la construcción. Si la cariátide representa figuras humanas, la columna se inspira en el árbol, y en ambos elementos pueden reconocerse formas vivas petrificadas en el elemento artístico. Hoy la arquitectura abandona ambos caminos y, alejándose cada vez de las formas vivas, inventa sus componentes. Al mismo tiempo las artes decorativas que dependen de la arquitectura y que se traducen en decoraciones murales, en papeles pintados, en muebles, etc., dejan de beneficiar la naturaleza para sus propósitos. De los papeles, de las telas y de los varios objetos que en este orden encontramos, han desaparecido ya las guirnaldas de flores, las figuras humanas, todo lo que es forma viva. Quedan, cuando más, motivos estilizados que se parecen a lo vivo de modo muy limitado, y quedan las creaciones del artista, que trata de libertarse de la imitación de la naturaleza y para ello recurre a elementos abstractos como las formas geométricas en todas sus variedades.

En la pintura, por lo demás, se observan dos movimientos paralelos y de fuerza casi idéntica: mientras el uno conserva cierta ligazón con la forma humana y trata sólo de mostrarla bajo un aspecto insólito, inspirándose, por ejemplo, en los cánones barrocos del arte primitivo, negro, etc.; en otro se aleja con paso decidido de las formas vivas y pinta sólo abstracciones. En el primero vemos todavía obras que tienen al hombre como centro de los afanes y veleidades del artista. Es cierto que las figuras humanas que por allí aparecen tienen poco parecido con las que nos ofrece la realidad, pero deformadas y todo, siguen siendo humanas o, por lo menos, vivas. En el segundo movimiento, el artista huye deliberadamente de todo lo humano y lo vivo y comienza por pintar bodegones y naturalezas muertas o interiores sin figuras, para terminar por traducir en sus telas sólo abstracciones, formas geométricas, valores puramente visuales, sin ningún contenido emocional y, por lo tanto, humano.

Así llegamos a ver que en el fondo no hay oposición entre los pensamientos fundamentales con que tientan la explicación de los fenómenos actuales del arte, Ortega y Gasset y el señor Cruz. El primero quiere deshumanización, el segundo nos habla

de intelectualización. De ambas hay huellas precisas, inconfundibles, en el arte moderno. En mi opinión el interesantísimo análisis de nuestro compatriota no debe ser considerado precisamente como una rectificación de los puntos de vista de Ortega y Gasset sino como un complemento natural de los mismos. Faltaría, pues, armonizar las observaciones de uno y de otro en un tercer trabajo que seguramente estaría más cerca de la verdad que sus antecedentes.

* * *

Un estudio, por somero que sea, de la ciencia pedagógica nos lleva a esta conclusión: la ciencia pedagógica está todavía por hacerse. Las doctrinas que han venido sustentando los filósofos desde varios siglos antes de nuestra era; las aportaciones prácticas de diversos educadores apóstoles, como Pestalozzi; las investigaciones de la psicología aplicada a la educación, que ha comenzado a hacerse sólo a fines del siglo pasado; los nuevos trabajos educacionales que actualmente hacen en Europa y América algunas instituciones animadas de un afán de renovación, y, en fin, las tentativas filosóficas que muchos espíritus superiores realizan para dar a la pedagogía un ideario, son esfuerzos que todavía no se han integrado en un organismo, en una doctrina general, en un cuadro esquemático en que los diversos valores estén subordinados como corresponde. Habría, pues, que rectificar una vez más a Augusto Comte. No es la sociología la última ciencia en la evolución de las ideas humanas. La pedagogía parece ser el esfuerzo que corone esta fábrica constantemente rehecha, a veces desde los cimientos, y que nadie sabe hasta dónde alcanzará.

Estas ideas brevemente expuestas son las que, entre otras muchas, arroja la lectura de un libro de interés actual y permanente, publicado hace poco por una distinguida educadora chilena, la señora Amanda Labarca Hubertson. Este libro, titulado «Nuevas orientaciones de la enseñanza», tiene por objeto diseñar el estado presente de las investigaciones educacionales que

realizan algunos hombres sobresalientes del viejo y del nuevo mundo y formular las enseñanzas que estos trabajos pueden proporcionar para la solución de la cuestión educacional chilena.

La señora Labarca tiene una preparación singular en estas materias. Posiblemente es la mujer chilena que cuente con más materiales y con los más eficaces para un estudio de este género. A su talento natural, a la vivacidad de su espíritu en trance de renovación constante, une la señora Labarca una cultura pedagógica considerable, avalorada con el conocimiento directo de las nuevas experiencias educacionales. En efecto, la señora Labarca ha hecho diversos viajes a los países extranjeros que marcan el desarrollo más avanzado de los estudios pedagógicos, y en ellos ha podido avaluar la trascendencia de las innovaciones y su verdadero sentido. Respecto de este último punto conviene hacer presente, como dice en su libro, que no se trata ahora de un simple cambio de métodos o de programas. La lucha de los innovadores abarca los fundamentos mismos de la educación y afecta, por lo tanto, al sistema filosófico en que se debe basar toda pedagogía. No es, pues, el fenómeno de renovación de la enseñanza un hecho aislado en el revuelto campo de las ideas de hoy. Junto con todo lo que las generaciones actuales revisan, para dar a los hechos y a las ideas una nueva validez tan transitoria como la de los elementos que hoy se hallan en crisis, está la educación. No puede, en consecuencia, hacerse nada que toque sólo a un grupo de estas ideas y estos hechos. Sólo se puede esperar que un esfuerzo común lo renueve todo.

El libro de la señora Labarca viene en un momento de excepcional importancia para la educación de nuestro país. Cediendo a la presión de la realidad social y a las sugerencias de las personas que tienen conocimiento, sea o no profesional, de las nuevas tendencias pedagógicas, el Gobierno accede a revisar la educación nacional. Por el momento su acción se dirige sólo a la estructura, a lo arquitectónico de la educación. Altera la distribución de los servicios, centraliza y a la vez descentraliza, teniendo en vista un propósito de evidente mejoramiento. No quedaría completo el trabajo si no se revisaran los conceptos

que han presidido el desarrollo de la educación chilena y no se reemplazaran por las nuevas ideas que debe tener presente el nuevo carácter de la enseñanza. Esta es la obra verdaderamente difícil; si no se atiende a ella, el simple cambio de organización administrativa, la renovación de la estructura exterior de la enseñanza no darán el resultado que algunos han creído ver envuelto en ellos.

Esta es la importante labor que espera a los nuevos dirigentes de la educación pública y sin duda el gobierno al escogerlos supo que ponía en manos de ellos algo más que la organización administrativa de la enseñanza y hasta algo más que un cambio de métodos y de programas educacionales: el espíritu mismo de la educación chilena y, por ende, el futuro de nuestro pueblo.

El libro de la señora Labarca llega, pues, en momento oportuno, pero su oportunidad no es el único valor que en él se puede señalar. Hay otros que son también resaltantes. Me refiero a la claridad de la exposición doctrinaria, al método riguroso que ha presidido la distribución de las materias y a la perfecta comprensión de las nuevas orientaciones pedagógicas que demuestra este trabajo. Desde este punto de vista, este libro quedará como un verdadero modelo de claridad, de método, de adecuada disposición y de pureza de lenguaje.

✓ RAÚL SILVA CASTRO.